

habría respetado, y por lo mismo es más condenable el abuso y la injusticia que con él se cometen. Es imposible que los pueblos peruano y boliviano continúen siendo amigos, después de esto; y, así, jamás se afirmará la paz en Sud-América.

—Sin quebrantar el secreto de las cancillerías, puede aventurarse que los tratados contienen siete estipulaciones, siendo la primordial la de adquirir Tacna y Arica dentro del derecho del Perú; se hace cargo Chile de nuestra deuda por el litoral en quince millones; nos entrega cinco millones más para habilitar la zona territorial y si hubiese lugar se nos devuelve la percepción íntegra de nuestros derechos aduaneros de Arica.

México.

Ha tenido gran éxito la Exposición artística e industrial celebrada en Puebla, México, en la que se exhiben hábiles obras de arte, muchas de ellas concluidas por artífices indios.

INSERCIONES.

Importante comunicación.

América Central.—Guatemala, 15 de diciembre de 1895.

Señor Secretario de la Sociedad Ibero-Americana.

Alcalá 65, Madrid.

Por una equivocación, tal vez, me ha sido enviado un ejemplar de la excitativa que esa sociedad ha dirigido á sus centros correspondientes, á fin de que empleen las fuerzas de que disponen para impedir todo aliento á la guerra de Cuba y mantener la más estrecha confraternidad entre cuantos pertenecemos á una misma raza.

En la excitativa se asegura que la guerra de independencia sostenida por los cubanos, ha sido iniciada con miras tan egoístas como desleales, y sostenida por gentes que aspiran á saciar su codicia en los despojos de la lucha: que otros hechos revelan á las claras la tendencia de ciertos elementos á desprestigiadas teorías y á imponer el predominio de una raza que siempre aniquiló á los pueblos por ella conquistados, sobre la española que cruzó su sangre con la originaria de América.

En resumen, esa sociedad quiere que los hispano-americanos nos aliemos para ayudar á sostener el predominio español en la primera de las Antillas, y que contribuyamos á impedir los tra-

bajos que en este Oontinente se llevan á cabo para auxiliar la insurrección en la Isla.

Voy á dar respuesta á esa excitativa, diciendo la verdad, aun cuando esta no cuadre al patriotismo español.

Manifestaré ante todo que quiero atribuir y atribuyo buena fe á los móviles que hayan impulsado á esa sociedad á proceder como lo ha hecho, y quiero imaginar é imagino que supone que los sentimientos de confraternidad han de anonadar las ideas y las convicciones adquiridas después de la guerra de la independencia hispano-americana y después de las luchas civiles emprendidas en estos países para disminuir el efecto de las preocupaciones y de los errores que la educación colonial nos legó; y quiero imaginar tal cosa, porque de otro modo no me explicaría la excitativa á que me refiero.

En España se sabe que las repúblicas que antes fueron colonias españolas, se independizaron sosteniendo una serie de combates librados en los campos de batalla. Se sabe también que en los pueblos de América quedan recuerdos de la crueldad con que fueron tratados un sin número de independientes, á quienes se castigó como criminales haciéndoles sufrir las penas más severas.

Entonces no se invocaba la confraternidad. No había de parte de España más que rigor y venganza.

El cadalso se levantó para gran número de insurgentes. En él murieron Hidalgo, Allende, Morelos, Torres, Caldas y Policarpa Salavarrieta.

En la deportación perecieron muchos, uno de ellos el insigne general Miranda.

Bolívar, Santander, San Martín, Sucre eran llamados ambiciosos, avaros y traidores.

Nuestros héroes, todos aquellos, en fin, á quienes consideramos como nuestros libertadores, fueron calumniados.

Nada nos sorprende ahora.

Las victorias obtenidas, arrebataron del poder español casi la totalidad de sus dominios en el Nuevo Mundo; y lo que había sido condenado por la metrópoli fué bendecido por los pueblos americanos.

El amor á la independencia no fué el resultado de un capricho; nació de la situación asfixiante en que permanecían las colonias, la cual situación dejaba entrever, al través del obscurantismo que empañaba las conciencias, la necesidad de la lucha por la libertad; y no bastó para impedir la ni la ignorancia calculada en que se conservaba á estos pueblos, ni el sometimiento que la religión impuesta aconsejaba.

Muchos sacerdotes honrados fueron de los primeros en dar el grito de insurrección, y las masas

populares, iluminadas por rayos de luz suprema que no supieron llamar por su nombre, pero que les hacía ver claro, empuñaron las armas y derramaron su sangre por obtener la autonomía de su patria.

España quedó vencida y aceptó la situación; pero esto aparentemente. Por inútiles tentativas hizo ver más tarde que pretendía recobrar su antigua dominación, y nuevos descalabros le hicieron comprender que las nuevas naciones sabían conservar lo que habían sabido conquistar.

Entonces varió la táctica. Desistió de su política hostil y trató de cultivar relaciones de comercio y de amistad con las jóvenes repúblicas; mas si juzgamos por la conducta de sus agentes diplomáticos que se niegan á concurrir á las ceremonias con que se conmemoran las fechas de la independencia; queda en sus manifestaciones un fondo de resentimiento y de rencor.

He aquí los antecedentes que tenemos para apreciar la imparcialidad con que en España se trate á los insurgentes cubanos.

Hay más todavía.

Muchos de los que aparecen en las filas revolucionarias han vivido largo tiempo entre nosotros. Los conocemos, los hemos tratado y hemos podido juzgarlos. Se han hecho acreedores á nuestra estimación y á nuestro cariño.

José Martí, cuya muerte no dejamos de lamentar, nos enseñó á que le tratáramos como hermano. Cariñoso, culto, grande é ilustrado, no merecía reproche. Era de noble corazón y de nobles ideales.

¿Estaba equivocado en su manera de pensar?

Creemos que no. Y aun cuando así no fuera, no dió motivo para que se ataque su memoria ni menos para que se desmejore en lo más mínimo su empresa.

Maceo, Gómez, Estrada Palma, también han estado entre nosotros, y sus familias han permanecido en el territorio centroamericano siendo objeto de atenciones y de inequívocas muestras de aprecio.

Varona, Sanguily y Piñero, gloria son de nuestra raza.

Podría seguir mencionando á los insulares á quienes conocemos y apreciamos y que se esfuerzan por adquirir la autonomía de Cuba.

Quiéren formar de ella una república independiente; quieren elevar á la categoría de nación libre y soberana á la tierra que los vio nacer.

No podemos censurarlos. Noablemente se esfuerzan por llevar á la práctica sus ideas, lidiando como bravos en leal combate contra enemigo superior.

España ve en ello un mal, una inconsecuencia, una ingratitud y hasta una traición y tampoco la

censuramos. Está en su propósito conservar la más importante de sus colonias y solo sentimos que se imponga con tal motivo tan serios sacrificios.

Compromete lo más granado de su juventud y de su ejército por ilusorias y aparentes ventajas: se aniquila, destruye y mata su porvenir.

Por no abandonar hidalgamente á Cuba reconociéndole sus derechos, arranca de sus hogares á millares de españoles dejando en el abandono y en la desesperación á sin número de familias.

¿A eso se ha dado en llamar patriotismo español?

Si los estadistas de España meditaran desapasionadamente y calcularan lo que significa para su patria la guerra que ella sostiene, se habrían de horrorizar.

Muchos de ellos afirman que el honor, la dignidad, el buen nombre de su nación, reclaman toda clase de sacrificios para no perder el predominio sobre la Isla; pero ninguno de aquellos atraviesa el mar para venir á pelear al campo cubano donde les resistirían decididos guerreros auxiliados por la epidemia y por el clima.

No se despiden de sus madres, de sus esposas ni de sus hijos para ofrendar el contingente de su sangre y de su vida en aras de una causa que la prudencia y la política decidirían de otro modo. Se quedan cruzados de brazos aguardando el resultado.

Lo mismo cabe decir de los españoles que viviendo fuera de España vociferan en corrillos contra Cuba y no van á prestar sus servicios en favor de la metrópoli.

He oído decir á uno de ellos que la honra y la dignidad de España reclaman el triunfo de sus armas en la actual contienda, y que después de alcanzado, bien puede decretarse la libertad de los insulares, aun cuando hubiesen sucumbido trescientos mil españoles y se hubieran gastado todos los tesoros de la Península.

Se ve, pues, que el cálculo, la conveniencia y el verdadero patriotismo no toman parte para nada en lo que se dice y se hace.

Quiénes así hablan debieran de ser de los primeros en dar el ejemplo á aquellos á quienes la suerte destina á la guerra y que van allá sin el entusiasmo que produce el convencimiento de haberse adoptado el único medio salvador de la honra y de la dignidad de la patria.

En América, se quisiera que España procediera acertando en las medidas que aconseja su conveniencia; y se cree que una de ellas sería el reconocimiento de la República de Cuba, tratándola desde luego conforme las leyes de la humanidad y el derecho de las naciones.

Ojalá que nada se interpusiera á impedir que los pensadores es-